

Clorinda Matto: Estrategia y tensión en *El Recreo*, Tinta/Cusco/Lima 1876

Clorinda Matto: Strategy and tension in *El Recreo*, Tinta/Cusco/Lima 1876

María Emma MANNARELLI

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima
mannarelli11@gmail.com

Resumen: Este artículo es una aproximación a la primera experiencia periodística de envergadura emprendida por la escritora Clorinda Matto en 1876. *El Recreo* se publicó regularmente en el Cusco dos veces al mes durante ese año. Se indaga aquí en las estrategias que desplegó su gestora para crear un público femenino, que a su vez se puede asumir que estuvo entre sus principales aspiraciones. Ese empeño eminentemente moderno contrastaba con un Cusco ruralizado y empobrecido; al mismo tiempo se inspiró en los ímpetus inherentes a los cada vez más definidos propósitos de las mujeres de ser parte de la vida pública del país. Vemos el modo en que Matto, que vivió la mayor parte de este tiempo en Tinta, lejos de la ciudad, usó la palabra escrita y sus diversos formatos para articular a sus paisanas con las mujeres que publicaban en Lima.

Palabras clave: Matto; periodismo; siglo XIX; mujeres; Cusco.

Abstract: This article is an approach to the first major journalistic experience undertaken by the writer Clorinda Matto throughout 1876. *El Recreo* was published regularly in Cusco twice a month during that year. Here we investigate the strategies deployed by its director to create a female audience, which in turn can be assumed to have been among her main aspirations. This eminently modern commitment contrasted with a ruralized and impoverished Cusco; at the same time it was inspired by the impetus inherent in women's increasingly defined purposes to be part of the country's public life. We see the way in which Matto, who lived most of his time in Tinta far from the city, used the written word and its various formats to articulate women from Cusco with the women who published in Lima.

Keywords: Matto; journalism; Nineteenth century; women; Cusco.

Entre febrero de 1876 y enero de 1877 *El Recreo*¹ se publicó en el Cusco dos veces al mes con el subtítulo *Literatura, ciencias, arte, educación*. Se trata de la primera experiencia periodística de envergadura emprendida por la escritora

¹ Gracias a la generosidad de Carolina Ortiz y Horacio Cagni en 2016 pude consultar la versión digitalizada de *El Recreo. Literatura, ciencias, artes y educación* (Cusco) fundada y dirigida por Clorinda Matto de Turner en 1876. Desde 2019 la Biblioteca Nacional del Perú cuenta con ese documento original completo.

María Emma MANNARELLI

Clorinda Matto: Estrategia y tensión en *El Recreo*, Tinta/Cusco/Lima 1876

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°6, julio-diciembre 2022, pp. 65-86.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.6.3346



Clorinda Matto. Tenía 23 años, nunca había salido del entorno cusqueño; es más, estaba casada desde 1871 con Joseph Turner con quien vivía en Tinta, a 114 kilómetros del centro de esa región.

Si bien este iniciático logro editorial ofrece múltiples ingresos y significados, aquí se indaga en las estrategias que desplegó su gestora para crear un público femenino, que a su vez se puede asumir que estuvo entre sus principales aspiraciones. Ese empeño eminentemente moderno contrastaba con un Cusco ruralizado y empobrecido; al mismo tiempo se inspiró en los ímpetus inherentes a los cada vez más definidos propósitos de las mujeres de ser parte de la vida pública del país. Estos se expresaban de modo peculiar en las publicaciones periódicas fundadas por ellas, sobre todo en Lima, desde donde reclamaron su autonomía mediante un acceso más libre a la educación y al trabajo que las hiciera más dignas. Además, la década del setenta del siglo XIX estuvo marcada por un conjunto de reformas auspiciadas por el Partido Civil, entonces en el gobierno, que buscaron ampliar el sistema de educación pública entre otros cambios que modificaran la naturaleza patrimonial del Estado peruano y la orientación clientelar de las elites tradicionales. El Cusco vivía en su particular escala los conflictos que estos cambios suscitaban.

Una idea que orienta este acercamiento es la implicancia de la palabra escrita, en particular la femenina, en la transformación tanto del espacio público, como de la experiencia del sujeto (Goody, 1998). Se trata de ver cómo la palabra escrita enfrenta la tradición y la costumbre y su elaboración del código privado; y cómo relativiza las regulaciones que se desprenden de los lazos familiares y propone mecanismos de renuncia a privilegios vinculados al mundo doméstico. La incursión de las mujeres en el espacio público mediante la imprenta lo complejiza y exige el recorte del parentesco. Como señala Elias (1998), inherente a esta tendencia es la ampliación de las redes femeninas, y esta obra de Clorinda –*El Recreo*– encarna este componente de la cultura pública.

Dicho proceso, a su vez, amenazaba el dominio que tenía la Iglesia Católica sobre lo político y la casa. Regía el Perú de la época el Código Civil de 1852, que estipulaba que el matrimonio se rigiera por el derecho canónico; fue así considerado un sacramento, que subordinaba indisolublemente las mujeres al cónyuge. A través de los párrocos, esa institución controlaba los registros de bautizo, matrimonio y defunción; el Estado había sido incapaz de extender su burocracia a lo largo y ancho del país, pese a que la ley lo indicaba. La supremacía de la Iglesia en la articulación de los espacios locales, en contraste con la ausencia de una administración propiamente pública, le aseguraba, además de la injerencia política en alianza con los poderes locales, un monopolio en la regulación de la vida sexual, desde el cual construía sus alianzas con aquellos. Estas configuraciones del ejercicio del poder se estructuraban precisamente al margen de la escritura; se articulaban en el mandato

personal, mediante la coacción física inmediata que supone la cercanía corporal, la mirada jerarquizada y tutelar (Anrup, 1994). La palabra escrita femenina podía convertirse en una amenaza para esas dinámicas locales y *El Recreo* fue una embrionaria posibilidad de cuestionarlas.

Hacia los años setenta del siglo XIX en la universidad San Antonio de Abad del Cusco se sustentaban tesis que llevaban a la luz pública argumentos a favor de la secularización de la sociedad, de la educación de las mujeres, de la igualdad de estas con respecto a los hombres. En sus aulas se discutían las ideas liberales y federalistas; se ventilaba la pertinencia del matrimonio civil, el pacifismo, la soberanía popular, la abolición de la pena de muerte y la separación entre Iglesia y Estado (Ramos y Baigorria, 2017: 25-26). No obstante, la ciudad conservaba características tradicionales: mucho parecía ocurrir en los entornos domésticos, y la reclusión, sobre todo femenina, seguía siendo una característica del recinto urbano. La servidumbre, además, era esencial a los vínculos, y la crueldad contra los animales se naturalizaba. Para mujeres como Trinidad Enríquez (Cusco 1846-1891), colaboradora de *El Recreo*, ávidas del entretenimiento que ofrecían actividades culturales y calles dignas de ser transitadas, la ciudad lucía desolada y deprimente (*El Recreo*, en adelante *ER*, 2: 16).

1. Nidos tempranos

Matto nace en 1852 como Grimanesa Martina de la unión de Ramón Matos Torres y Grimanesa Usandivaras Gárate, pareja enraizada en los clanes familiares del sur andino y parte del grupo de empobrecidos notables del lugar; es la hermana mayor de Ramón y David, este último, más tarde médico, compartió con ella su vida en Lima y la sobrevivió. Hubo un niño más en aquel hogar que si bien llegó a ser bautizado, murió prematuramente (Cuadros, 2018 [1947]: 111). La mortalidad infantil era alta en esa época y la vida de niñas y jóvenes como Clorinda estaba marcada por eventos dramáticos en torno a la preñez y el parto de las mujeres de la casa.

Crece entre la ciudad de Cusco y la hacienda familiar de Paullo-Chico en Calca, Valle del Urubamba, a un par de días de camino de esa capital. Si bien ser propietarios de tierra no hacía ricos a las personas, sí las colocaba en la cima de la pirámide social local y, sobre todo, les facilitaba el trabajo servil de los indios. Ese tiempo parece significativo en la vida de la escritora; en *El Recreo* publica dos artículos sobre esa provincia, en la cual su padre ocupó por lo menos un cargo público. Ramón Matos había asumido diversos trabajos en la incipiente burocracia a lo largo de su vida, lo que pudo hacerlo gozar de cierta respetabilidad al estilo de una región menguada dramáticamente como era el caso; también había participado de otras empresas periodísticas (Ortiz, 2018: 120).

Clorinda asiste al Colegio de Educandas. Fundado por Simón Bolívar apenas conseguida la independencia en 1825 cuando visitó el Cusco ese año, fue puesto en funcionamiento en 1827 por Agustín Gamarra, entonces prefecto del departamento y luego presidente del Perú. Pese a los altibajos sufridos por la emblemática institución dada la indigencia de la región y el tumulto político, Educandas del Cusco no cayó en manos de la administración eclesiástica ni languideció, como sí ocurrió con otros colegios de ese tipo en puntos importantes de la república. Hasta que se publica *El Recreo*, su dirección estuvo en manos de mujeres como la cusqueña Antonia Pérez, maestra laica. A esto se suma que Trinidad Enríquez, del más explícito talante radical y crítico del sistema patriarcal, fue maestra de Clorinda en ese colegio. Que esta la invitara como colaboradora permanente de la revista, dice de la confianza y admiración que le tenía. Es posible que dicho colegio aún conservara su halo liberal, e incluso laico, cuando estas dos mujeres cusqueñas se encontraron ahí.

En Educandas aparece registrada, ya como Clorinda, desde 1863 –un año después de la muerte de su madre–, cuando tiene entre diez y once años; es alumna becada, hasta 1868, cuando tenía dieciséis. Era común entonces que niñas y jóvenes abandonaran su aprendizaje escolar cuando un evento familiar –la muerte o enfermedad de alguno de los progenitores, el nacimiento de un bebé– torcía el cauce doméstico; pero en el caso de Clorinda parece lo contrario: los recursos familiares alcanzaban para conseguir sirvientes que ayudaran con la casa y con los dos hermanos menores. Más bien, podía resultar más complicado educar a una niña en un ambiente doméstico claramente masculino. En 1876, Clorinda reconocía que a Educandas le debía sus “primeros pasos en el camino literario” (*ER*, 8: 64); aunque encontró en la casa familiar un ambiente formativo y estimulante. En 1893 recordaba su curiosidad intelectual y literaria:

después de gustar de las bellezas del estilo de Garcilaso y de la sublimidad del pensamiento de Espinosa Medrano, consagrábame a la investigación de nuevas vetas literarias, cuando mi padre puso en mis manos un ejemplar de la “Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cuzco, en 1788, y de las fiestas, etc.” de Ignacio de Castro (Matto, 1890: 225).

También disponía de la biblioteca de su abuelo: “como he tenido la ocasión de ver en la biblioteca particular del doctor don Manuel Torres y Matto Vocal de la Corte de Justicia que estaba formada por obras escritas en los idiomas apuntados, incluso el castellano” (Matto, 1890: 228). Si bien el refinamiento intelectual doméstico alentó su formación, el padre no estuvo de acuerdo con su deseo de estudiar medicina en Europa o en los Estados Unidos (Lemoine, 1893: 32).

Tenía diecinueve años cuando se casa con el comerciante de lanas inglés Joseph Turner. Juntos se instalan en el pueblo de Tinta a 3,500 msnm., habitado sobre todo por población indígena quechua hablante. Desde ahí continuó escribiendo artículos y poesía que aparecieron en publicaciones regionales. El viaje entre Tinta y la ciudad del Cusco tomaba alrededor de tres días; los caminos eran malos y el telégrafo tardaría dos años más en funcionar en el Perú. Fue sin duda un esfuerzo titánico sostener las coordinaciones necesarias para que *El Recreo* se publicara dos veces al mes; pero Matto pudo mantener desde ahí vivo el contacto no solo con el Cusco, sino con Lima e incluso Buenos Aires. Quizá las actividades mercantiles de la pareja facilitaron el cauce de las comunicaciones necesarias para semejante propósito. En 1883, cuando Abelardo Gamarra llegó a Tinta, encontró a Clorinda vestida de luto –hacía dos años que su marido había muerto–, trabajando para sanear los quebrados negocios familiares:

se había puesto al frente del comercio de su casa y vivía consagrada al trabajo, con la constancia, fe y talento de una verdadera norte-americana: así, no nos fue menos grato, a nosotros que la habíamos visto coronada en los salones de la señora Gorriti, encontrarla, al ir a visitarla, en su escritorio rodeada del libro mayor, del borrador y del de caja, pluma en mano, haciendo el balance de partidas numéricas, como pudiera haber estado registrando antiguallas para encantarnos con una tradición (Gamarra, 1883: 9).

La empresa mercantil debió distanciar a Matto de la cultura de la hacienda. Esta familiaridad con la producción y el comercio guarda más afinidad con su inclinación por escribir. Es probable, además, que tales emprendimientos alimentaran lo que concibió como el progreso, noción que recorre las páginas de *El Recreo* y encandila a su directora.

2. La prensa periódica y la incursión de Matto

Tanto el inicio de su prolífica experiencia escritural como los últimos años de su vida en Buenos Aires estuvieron definidos por su actividad periodística (Portugal, 1999). En su exilio bonaerense fundó el *Búcaro Americano* en 1896, que no deja de salir hasta 1908, muy poco antes de su muerte (Hintze, 2000; Vargas Yábar, 2009). En 1883 había dirigido el diario arequipeño *La Bolsa* (Miseres, 2009). Tuvo también en sus manos la conducción del prestigioso *El Perú Ilustrado* desde octubre de 1889 hasta julio de 1891 (Arango-Keeth, 2009), cuando los ataques clericales la obligaron a renunciar. Su fascinación con el periodismo la llevó también a imprimir en 1892, en su imprenta *La Equitativa*, que empleó sobre todo a mujeres, la revista *Los Andes*

que apoyó al presidente y general Andrés Cáceres, por quién sentía un afecto especial y con quien compartió simpatías políticas y el origen serrano; ambos hablaban quechua.

El primer número de *El Recreo* se publicó en febrero de 1876. En total saldrían veinticuatro números y el último apareció en enero de 1877. Alcanzó un total de doscientas cuarenta y dos páginas y llegó a contar con una lista de suscriptores, hombres y mujeres pertenecientes en su mayoría a la élite cusqueña. Quiso distinguirse de las publicaciones de otro carácter; del de la diatriba y la pura hostilidad. Matto era consciente de la naturaleza del periodismo de su época, de su espíritu de libelo, de sus conexiones con los grupos de poder que pugnaban por ser parte de la escena política en los sucesivos momentos críticos de las décadas que sucedieron a la independencia. No es eso lo que persigue *El Recreo*, busca algo nuevo; ir más allá de las mezquindades propias del espíritu clientelar y caudillista; quiere contribuir al fomento de la literatura cusqueña (*ER*, 1:1).

La vida fugaz de los periódicos, además de deberse a los vaivenes de los grupos en pleito por el poder, también respondía al hecho de que el grupo de lectores era siempre reducido, entre otras cosas, debido al pequeño número de población letrada, y por ende lectora. Esto era una espada de Damocles para las aspiraciones de aquellos que, como Matto, se entusiasmaban genuinamente con la difusión de las ideas y la exposición pública sostenida. Sin embargo, la insistencia de pequeños grupos en ocupar la esfera de la palabra escrita se nutría del prestigio que prodigaba el acceso a esta: seguía siendo, después de todo, un medio de jerarquización que alimentaba las aspiraciones de reconocimiento y pertenencia (Nugent, 1996). En el Cusco la profusión periodística puede encarnar también las pugnas entre los clanes familiares, que confluían con un gregarismo propio de la gravitación del parentesco.

Matto tenía en mente otras ideas: el periodismo marcaba con precisión el grado de cultura de un pueblo: allí donde las publicaciones eran frecuentes y variadas en su objeto se indicaba sin equívoco el adelanto de la civilización (*ER*, 1:1). *El Recreo* desde su origen asoció progreso y solidez de las instituciones con una prensa que

indique los mejores medios de su bienandanza, que censure sus defectos [...] Siempre hemos tenido publicaciones en el país; pero todas y en casi todo tiempo no han perseguido más fin ni tenido otro carácter que el político, mientras que los verdaderos intereses sociales han sido descuidados, faltándoles un órgano que abogue de continuo por ellos (*ER*, 1:1).

En una publicación como la que funda Matto se expresan y se renuevan un

conjunto de interdependencias. Construyó una red local en la que se apoyó, que no excluyó, sin embargo, los vínculos familiares: su padre, Ramón Mato, figura como colaborador clave; cabe investigar los vínculos de este con otros patriarcas locales que apoyaron la dirección de la revista. Vemos además cómo a través de la palabra escrita la joven periodista amplía esta red original y matiza lo local. Entonces, la revista convoca a un variado espectro de hombres y mujeres de la ciudad que se debate entre el letargo y los debates políticos que no dejaban de poner en cuestión el conservadurismo clerical. Esta tendencia la marca la colaboración de José Teodosio Rozas (Cusco, 1817-1883) masón y profesor de la universidad San Antonio de Abad, como tal introdujo el krausismo. Este liberal distanciado de los grupos clericales, publica en siete oportunidades.

3. Dirigir desde Tinta

Un hecho que llama la atención es la dirección siempre tácita de Matto en *El Recreo*; no llega a figurar formalmente como tal. Como esposa está obligada a vivir en Tinta, pero está en Cusco cuando aparece el primer número de la revista que ha soñado fundar. Sin embargo, debe dejar la ciudad de inmediato y emprender el viaje a Tinta donde la espera su casa: “Antes de poner punto final daré si se me permite, un adiós a mis amigas de cuyo seno me separan los deberes que tengo que cumplir en el lugar de mi residencia. Allá las recordaré siempre, i las columnas de *El Recreo* se encargarán de manifestar el eterno aprecio que para ellas deposito en mi corazón.” Queda la revista, agregaba, en manos de una “pluma mui conocida i hábil” (*ER*, 1: 8). Se refería a su amiga Trinidad Enríquez.

En “Prospecto” del primer número, firman “Los Directores”. La siguiente referencia, recién en el número 5, permite saber que Abrahan Vizcarra acompaña a Clorinda en la dirección; y reconocerla como fundadora y directora: “*El Recreo* dirigido por la ilustre escritora Sra de Turner i por el Sor, [sic] Abrahan Vizcarra abre horizontes dilatados al bello sexo i a la juventud en general de nuestro país. [...] i que *El Recreo* que tan simpático se presenta buzque siempre las inspiraciones de su fundadora. Calca, marzo 1876. Ruperto Bravo” (*ER*, 5: 39).

La revisión de las entregas firmadas por Matto, nos acerca al tiempo que pasó en Tinta y en el Cusco durante el año que dirigió *El Recreo*. Esta información lleva a dos asuntos: la habilidad de Clorinda para mantener viva una red de contactos – además en expansión– que le permitiera la publicación y aquilatar el enorme esfuerzo que exigía hacerlo desde Tinta; también a intuir el efecto de esa distancia en la vivencia editorial. Podemos así conocer las estrategias que puso en marcha para mitigar su ausencia en la ciudad, que revelan a su vez sus vínculos con las mujeres, aunque también con los grupos de parentesco.

El segundo número, 8 de febrero, la encuentra en Tinta pero ha dejado “La

felicidad” firmada en Cusco lo mismo que una tradición: “Un festín de los Ttampas” escrita en Tinta el año anterior. En el número 3 del mismo mes no hay línea alguna de la directora. Pero es en *El Recreo* y sobre todo en Tinta donde empieza a escribir y publicar sus propias Tradiciones y en ese afán recibe el anhelado ánimo de Ricardo Palma. En el primer número de su revista le había dedicado “Tambo de Montero”; se inaugura así una amistad que duraría toda su vida (Denegri y Peluffo, 2020). Es desde Tinta que en el número 5 del mes de marzo la dirección anuncia un nuevo colaborador. Se trata de Palma, y publica la carta del admirado escritor; se cumplía así una de las más caras ambiciones de la escritora. El número 12 (junio) del *El Recreo* publica “Beba padre que le va la vida”, con la siguiente dedicatoria: “A la distinguida escritora cuzqueña Clorinda Mato de Turner en correspondencia a la tradición con cuya dedicatoria quiso honrarme”, respondiendo a la de ella, semanas atrás. En total fueron doce historias bajo el título de *Tradición* que Matto publicó en *El Recreo* durante los doce meses de su duración². Solo a fines de mayo regresa a Cusco, donde se encuentra hasta mediados de junio aproximadamente; y dirige la revista desde Tinta hasta octubre, cuando vuelve a establecerse en la capital andina hasta febrero que viaja a Lima con su esposo.

En el número 8, pese a que Clorinda está en Tinta, escribe el “Mosaico”, sección de la revista dedicada usualmente a registrar diversos eventos del Cusco; consigue incluir novedades ciudadanas y agrega lo siguiente:

Recuerdan UU ese dicho que más hace el que quiere que el que puede. Ahora pido a ustedes lectoras y lectores, Señoras, Señoritas y niñas; bonitas, pasaderitas ó feas, y caballeros de todas las edades y condiciones; que me consedais la gracia de aplicarme estas tales palabras, y de no admirarse que yo pueda dar noticias de la crónica de nuestra tierra siendo así que no me veis en cuerpo y alma andar las calles de la ciudad del Sol. Todo se allana cuando hay voluntad, yo procuraré hacerlo, aunque para ello fuese necesario un sacrificio más, a fin de no cansaros con mi pobre estilo y las rayas de una sola pluma, veréis el mosaico desempeñado alternativamente por otras (ER, 8: 64).

Parece que Matto tiene la ilusión de que una mujer (o varias) la reemplace, pero el Mosaico del siguiente número sigue en sus manos, aunque esta vez escrito

² Según *El Recreo*, fueron las siguientes: Un festín de los Ttampas (Tinta); La mala Carranza (Tinta); No hay Pedro bueno (Tinta); Zelenque (Tinta); La cruz de Sacsai Huaman (Tinta); El señor de Huanca (Tinta); Arco Punco i su cruz de piedra (Tinta); Fundición de María Angola (Tinta); En el latín de los frailes no hay que creer (Tinta); El brazo negro del corregidor (Tinta); Así paga el diablo a quien le sirve; Una mujer en sus calzones.

desde el Cusco; a fines de mayo, después de cuatro meses en Tinta, regresaba a la ciudad:

¡El Cuzco! ¡Ah!, de nuevo mis plantas tocaron este suelo tan caro para mí, otra vez mis ojos fijaron su mirada de veneración en las cúpulas de sus monumentales templos, mis manos de nuevo estrecharon manos amigas y mi corazón ante las ofrendas de la amistad se sintió humedecido por una lágrima de gratitud para consagrarla a vosotras compañeras de mi infancia (*ER*, 9: 73).

En esos mismos días le toca enfrentar el retiro de su codirector Abrahan Vizcarra que parte de viaje. Ricardo Villa, colombiano, maestro del colegio del Cusco donde su padre había estudiado y asiduo colaborador de *El Recreo*, en junio asume la codirección:

no seremos nosotros los que hagamos de la prensa un arma de muerte, ni un instrumento de corrupción [...] al tomar parte en la redacción de este periódico solo hemos pensado en el honor de acompañar a la talentosa señorita que lo fundó y en ser de algún provecho a esta sociedad, sin perjuicio de nuestras principales tareas del colegio (*ER*, 10: 76).

Clorinda no encuentra una mujer que la pueda acompañar en la dirección de su revista.

4. Matto y sus paisanas

La universidad estaba lejos del horizonte femenino y del sistema educativo al cual se acercaba un pequeño grupo; esto se hacía palmario porque la educación secundaria no estaba abierta para las mujeres. Sin embargo, llegaban a ciudades como Lima y Cusco noticias sobre contemporáneas que ingresaban al ámbito público y se iniciaban en la educación superior. Las universitarias de los Estados Unidos y las mujeres que tomaban la arena pública en la Argentina, por ejemplo, eran parte de los sueños de mujeres como Trinidad Enríquez, cuya tenacidad la hizo superar una miríada de obstáculos para estudiar abogacía, y del nerviosismo de más de un patriarca.

En octubre Clorinda está en Tinta y escribe la sección Mosaico desde ahí: “ya saben mis bellísimas lectoras, que la crónica del Cuzco, anda más pobre que las arcas nacionales, y que por consiguiente nada de notable puedo transmitirles: en cambio, les daré noticias tomadas de diarios extranjeros; ya que este es el recurso de todo cronista que vacía su cartera de apuntes” (*ER*, 18: 182). Comenta diversas noticias del *Times* sobre la educación profesional de la mujer en EE. UU. y Rusia; propone

convertir los desaliñados baños de Sappi en un lugar de recreo y solaz y anima a Antonia Pérez, directora de Educandas, a organizar conferencias. Trata de modo irónico a los miembros del Congreso peruano. También se refiere a las tertulias de Lima que Gorriti ha inaugurado:

Díganme ahora bellas hijas del Sol: ¿No tienen UU tentaciones de imitar el noble y progresista ejemplo de las hijas del Rímac? ¿no querrían ustedes vivir una vida más animada, y más civilizada, disfrutando de los encantos que proporciona una reunión como aquellas? ¿No sería racional que algunas de vosotras abandonasen su apatía por la instrucción? Creo que me contestarán en coro mis queridas Señoritas. ¡Sí! (ER, 18: 182).

Como si presintiera que una publicación como la que trataba de sacar adelante dependía también de un colectivo femenino activo y entusiasmado en la escena urbana.

Aparte de la dedicación del artículo inaugural sobre su paisana Francisca Zubiaga de Gamarra –para que la celebridad, en este caso femenina, no se perdiera en la “oscuridad de los tiempos”– a Juana Manuela Gorriti, Matto también se lo ofreció al “bello sexo del Cuzco”. Convocaba así a un público compuesto por mujeres. La dedicatoria a una escritora como Gorriti, seguro la más destacada y madura del Perú en ese año, la anima a un compromiso al mismo tiempo que crea un enlace entre las mujeres del Cusco y la excepcional salteña; las presenta, las aproxima. Por otro lado, apelar a la sensibilidad de las jóvenes cusqueñas parece haber sido su primer y central propósito y denota la intención de crear no solo de lectoras. “Ya que ahora quedan establecidas nuestras tareas, invito a mis amables señoritas para que en los ratos de ocio, aquellos que á nadie faltan; los empleen en una distracción útil tomando la pluma para embellecer este periódico, cuyas columnas se honrarán en ostentar las producciones de las simpáticas hijas del sol” (ER, 1: 8).

Si bien *El Recreo* no llevó en su nombre alusión alguna a las mujeres como algunas revistas contemporáneas de similar orientación, sus páginas estaban dedicadas a ellas y pretendía buscar un grupo colaborador compuesto por las de su sexo:

me veo con la pluma en mano para consagraros mis mosaicos pobres de ingenio es verdad, pero ricos en deseos de complaceros, y abundante en sentimientos de amistad para vosotras queridas mías, que recorriendo con vuestros seductores ojos los renglones del “recreo” algo importante encontráis, y siempre aspiráis las fragancias perfumosas que las flores literarias os convidan; flores debidas a las ilustradas

plumas de mis numerosos colaboradores, plumas reemplazadas en el amor a las letras, aficionadas a lo bello, deseosas de servir a la literatura de nuestro país, ávidas de encender en vuestros corazones juveniles el santo ardor del liberalismo y la moral más pura sin lo cual no hay progreso posible (*ER*, 8: 64).

Pese a sus esfuerzos, Matto de Turner no siempre logra el compromiso de sus paisanas, como ella esperaba, con la palabra escrita; una expresión de las dificultades que enfrentó es que no puede reemplazar a Trinidad Enríquez en Mosaico. No obstante, la invitación de Matto recibió respuestas no poco significativas. A lo largo del año hubo treinta colaboraciones de mujeres, incluidos los Mosaicos escritos por Trinidad Enríquez que fueron cinco. Sin embargo, estas son una proporción menor respecto a los escritos por los hombres, tanto en número como en extensión. A partir del número 10 se nota un declive de la producción local femenina, y aumenta la presencia de escritoras que viven en Lima. Pero las autoras cusqueñas están ahí hasta sus últimos números.

Pese a la actividad periodística, al funcionamiento de instituciones educativas, de la universidad y de cierta intensidad de la vida política, las mujeres parecen absorbidas por la vida doméstica a lo que se sumaba su sujeción a las presiones del parentesco. Es posible también que las jerarquías de la casa inhibieran el desarrollo de la privacidad y de individuación que suelen ser parte de la práctica escritural. Matto iba contra la corriente y sus pretensiones de motivar a las mujeres de su ciudad encontraban frenos irremontables en la servidumbre incrustada en el entramado de los vínculos.

5. Clorinda Matto y Trinidad Enríquez en *El Recreo*

En octubre de 1875, cuatro meses antes de la aparición de *El Recreo*, Trinidad Enríquez ha publicado el ensayo “La felicidad” en *La Alborada*. Ese mismo año en la misma revista que dirigía Gorriti, su hermana María Ángela Enríquez de Vega, coloca “El indio”. Estas colaboraciones ilustran la comunicación temprana de las mujeres cusqueñas con aquellas que empezaban a publicar en Lima; puede tratarse, además, de los momentos iniciales de estas significativas relaciones que hacen la historia de esta vanguardia femenina; de un primer vínculo entre Matto y Gorriti. Dada la antigua amistad entre Trinidad y Clorinda, no es improbable que esta tuviese noticias de lo que las hermanas Enríquez escribían para la revista que dirigía Gorriti. En cualquier caso, las inquietudes de Matto pudieron encarnarse más aún con estas referencias que aludían a mujeres que eran parte de su propia vida. Este indagar es relevante porque conduce a una dimensión particularmente reveladora: la importancia de los vínculos que las mujeres construyeron, tanto en relación a su importancia para incursionar en el espacio público, como al significado personal,

íntimo de autodefinirse como escritora.

Afortunadamente la confluencia de las dos cusqueñas dejó más de una huella: “Sediendo [sic] a las insinuaciones de amistad que me liga con la Señora de Turner, y siéndole forzosa su partida al lugar de su residencia; he tenido que aceptar el cargo de esta sección. [...] nos es muy grato poder ser útiles a las personas de nuestra amistad, así como también a la sociedad de nuestro país” (*ER*, 2: 16). En 1875 Trinidad había iniciado su formación universitaria en San Antonio de Abad; se encarga de Mosaico cuando está a punto de cumplir 30 años y mientras cursa su carrera de abogada. Publicó “Decepción” en ese primer número y en los cinco siguientes se encargaría de la sección “Mosaico”.

Así como deplora un Cusco opaco y bárbaro, Enríquez se regocija ante los rituales públicos que le devolvían la confianza en el porvenir de la república, como en el caso de la apertura del año escolar del Colegio Universitario que había congregado a “todas las clases de la sociedad; cual si se tratara de una asamblea popular en la que todos querían tomar parte (...) reunión verdaderamente republicana nos hacía latir el corazón” (*ER*, 3: 24). El rector, el claustro de doctores, la Sociedad de Artesanos, la juventud, el bello sexo, el pueblo “todos tomando un asiento en el templo de la ciencia” (*ibid.*). Para Trinidad Enríquez la república era la conjunción de todas las clases, la participación de los diferentes en un espacio común. Sus artículos en *El Recreo* están marcados por el interés en alentar los lugares públicos de los que el Cusco carecía; mujeres como ella sentían que eso era muy importante (Mannarelli, 2018).

El artículo de la estudiante de abogacía sobre la amistad, dedicado a la fundadora de la revista, nos acerca a una modernidad compuesta también por las relaciones entre las mujeres y la palabra escrita, ámbitos donde se gesta la distancia frente al parentesco:

Qué dificultades encontramos al comenzar a escribir un artículo y más cuando deceamos (sic) que salga bueno y conocemos nuestra incompetencia. [...] me resuelvo a dar publicidad a este mi pequeño trabajo que no tiene otro mérito que estar dedicado a mi simpática e inteligente amiga S. Clorinda Matto de Turner, como prueba de mi predilección y sincero cariño que le profeso y en pago de una deuda sagrada (*ER*, 4: 44).

Las palabras propias, aunque no sepamos el significado de la “deuda sagrada”, revelan los sentimientos de las mujeres ante la escritura y sus reflexiones sobre sí mismas en ese ejercicio personal:

¿Nosotras las mujeres, condenadas a recibir una educación muy incompleta y a no leer más libros que nuestros

devocionarios, podremos escribir algo que merezca ser leído por lo menos cuando carecemos del talento y gusto, privilegio de los que reciben una esmerada educación y cultivan su inteligencia con vastos y penosos estudios, y más aun al ver que la envidia, la mordacidad y el sarcasmo reinan todavía en nuestro país? Pero el público debe juzgar con indulgencia nuestros escritos; debe solo ver en nuestros ensayos el deceso (sic) de trabajar por el adelanto de nuestro sexo, y los esfuerzos que hacemos porque se sienta más vivamente la necesidad de dar a la mujer una educación completa y esmerada (*ER*, 4: 44).

Desde un explícito “nosotras”, Enríquez asocia condena a la lectura de devocionarios; contrastaba los privilegios masculinos con la deficiente educación femenina. Como columnista, Trinidad se pronunció contra la censura, a favor de la libertad de imprenta y por el libre pensamiento. También escribe a propósito de la publicación en *El Inca* de “La religión de los libres pensadores”: el libre pensador se rige por las leyes de su ser, su templo es su conciencia, su culto la virtud, su altar la justicia, su dogma la caridad, sus mandamientos el bien y la fraternidad; tienen por patria el universo y por bandera la igualdad y la libertad (*ER*, 3: 24). Lo que no sabemos es cuánto había incomodado a los que acompañaban a Matto en la dirección y a otros colaboradores; incluso a ella misma.

Conviene señalar que en sus números siguientes *El Recreo* publicó varios artículos en los que Ricardo Villa atacaba a los librepensadores asociándolos al ateísmo y al comunismo; pero Enríquez entonces había dejado de escribir en la revista. En la edición del 15 de abril figura la siguiente nota: “La señorita Enríquez ha tenido que ausentarse de esta ciudad, razón por la cual este mosaico lo escribe Ramón Mato” (*ER*, 7: 56) También cabe agregar que en esta revista se expresaban posturas ideológicas diversas, a veces antagónicas, aunque no de modo explícito; es decir, no llega a producirse un debate entre los colaboradores; tampoco existe una coherencia ideológica interna. Quizá lo soterrado de la controversia responda en parte a que los columnistas no solo son cercanos, sino que están unidos por un tipo de relaciones que no admite la discrepancia, es decir, por el parentesco: el de sangre y el ficticio.

Es inevitable pensar que el deseo de Clorinda era compartir la dirección con su exmaestra y primera mujer universitaria del Perú. Sin embargo, no parece haber sido una relación fácil; pasó por contratiempos. Sin explicación alguna deja de escribir en la revista a partir del número 7. Según *El Recreo* esta ausencia se debe a que está fuera de la ciudad, pero no vuelve más a la revista. No descartemos que sus estudios demandaban tiempo y energías, pero el recelo de los conservadores ante la

incursión de Trinidad en la educación superior puede haber amenazado la honra de Clorinda; la exponía, la hacía más vulnerable al vituperio público del cual Enríquez, y su vocación radical, era víctima. Antes, en 1870, tuvo que cerrar una escuela que había fundado por los repetidos ataques que su local sufrió. Nada desanimó a Matto de ofrecerle un papel protagónico en *El Recreo*. Pero las posturas de Enríquez manifiestas sobre el papel y publicadas años después, incomodaban al orden tutelar, como recordó luego Matto: “en su cuerpo delicado, casi infantil moraba un espíritu superior nutrido por una instrucción poco común que le hizo sostener las más avanzadas ideas del siglo. Alma mártir sufrió resignadas todas las persecuciones del mal clero, cuyo poder se basa única y exclusivamente [sic] en la ignorancia de la mujer”; había sido, según Matto “execrada en los púlpitos” (Matto, 1893: 168). Así, el entusiasmo inicial de Matto pudo desteñirse ante la hostilidad local hacia la cada vez más decidida Henríquez; sobre todo si no comulgaba con ella plenamente.

De lo que sí tenemos certeza es que artículos de la revista estaban en abierto desacuerdo con cómo pensaba Enríquez, lo que puede haber ejercido presión sobre la directora. Años después, en 1893 a raíz de la muerte de su admirada amiga, publicó una breve biografía, donde señaló que existieron discrepancias entre ellas: “nosotros disentíamos en muchos puntos de sus ideas filosóficas, pero sabemos honrar su memoria con la sinceridad con la que lamentábamos sus desgracias” (Ibid.: 169). Ciertamente esto confirma una quizá progresiva distancia entre ellas, pero no la explica. Está por delante una investigación más detenida sobre esta instituyente y problemática amistad.

78

6. Los lazos con Lima. Mercedes Cabello, el progreso y las “infatigables obreras de la instrucción del bello sexo”

Imposible dissociar los propósitos medulares con que Matto concibió *El Recreo* de su interés por ligar el Cusco a lo que escribían y leían las escritoras afincadas en Lima, lo que se aprecia en el “Mosaico” del primer número:

Después de dolorosas luchas que aún ofrece en nuestro país la adquisición de elementos necesarios y después de un largo anuncio; tiene *El Recreo* el gusto de prometer sus columnas a la juventud estudiosa. Al ver la luz pública, desea ser un verdadero solaz para mis queridas señoritas a quienes les brinda entre las pobres flores de su ingenio, los bien conocidos y con justicia admirados los nombres de las Señoras Juana Manuela Gorriti, Mercedes Cabello de Carbonera y de las señoritas Juana Rosa de Amézaga i Ángela Carbonel. Ellos solo bastan para asegurar que las lectoras serán siempre recreadas (*ER*, 1: 8).

A fines de mayo, en Cusco, Matto anunció nuevos colaboradores. Una fue Adriana Buendía, cuyas obras afirmaba haber leído en *La Alborada* y en *El Correo del Perú*; además, a Juan de Dios López se sumó Luis Telmo Pintos, director de *La Ondina del Plata*. Buendía figuró en cuatro ocasiones, Manuela Villarán de Plasencia en tres, Carolina Freyre de Jaimes y Ángela Carbonel, una cada una. Juana Manuela Gorriti estuvo entre las más importantes. Publicó “El tesoro de los Incas” de modo consecutivo entre los números 10 y 15; esta obra, que había sido publicada en 1865, tuvo como escenario el Cusco. Su reedición por entregas le confería atractivo y legitimidad a la propuesta de la joven Clorinda; le garantizaba contenido y estabilidad a seis números seguidos. El número 16 trajo de la preciada autora “Escenas de Lima”. Finalmente, para el 21 llegó su inédito “Veladas de la Infancia”, firmado en Lima que en octubre de 1876 fue dedicado “a la señora Clorinda Mato de Turner”.

Simultánea a la presencia de Gorriti en *El Recreo*, fue la de Mercedes Cabello que en el número 8 del 12 de mayo publicaba el poema largo “Desencanto” y en el siguiente número le dedicaba a su hermana, Manuela Virginia Cabello, “La aurora”. Dos números después, firma en Lima “El Progreso”, escrito expresamente para *El Recreo*. Sostuvo que el progreso simbolizaba, pese a los dolores y las decepciones de la vida, las esperanzas, el ideal sublime de la perfectibilidad humana auspiciada por las conquistas asombrosas de la ciencia: “apenas podremos expresar nuestra ferviente aspiración por esta idea, a la que tributamos religioso culto, fortalecido con toda la fuerza de nuestras convicciones” (*ER*, 10: 77). El progreso, idea carísima desde temprano para Clorinda, estaba también asociada a la felicidad, otra noción a la que la revista en cuestión le dio cabida. Además, Cabello articulaba esas dos nociones; advirtió de la intermitencia de ese devenir, y que bien podía detenerse o involucionar; la ley del progreso es la del movimiento, las naciones que se estacionan en realidad retroceden. “No nos es dado comprender su límite; todo lo que podemos columbrar es que ella nos llevará á un estado más perfecto y a un mundo moral, donde vislumbrarán nuestros ojos más cercana la esplendente luz de la verdad” (*ER*, 10: 77). Tal culto al progreso despertó sin duda la animadversión de los fervientes católicos que defendían una única verdad que era la divina. Seguro los clericales cusqueños fruncieron el ceño y apuntaron a la revista que publicaba semejante despropósito. Sintomáticamente, Matto publica en el mismo número su artículo “Tardes de mayo”, sobre la importancia de la religión para las mujeres.

Pero ese mayo debió ser un mes especialmente fructífero en términos de la relación entre ellas. Esas dos publicaciones motivaron que Matto escribiera un artículo sobre Cabello en el número del 17 de junio firmado en Cusco; y que luego le dedicara la tradición “Arco Punco i su cruz de piedra”: “A mi bella amiga Mercedes Cabello de Carbonera” escrita unos meses antes en Tinta. A esta muestra de afecto respondió Cabello con “Pensamientos”: “A la distinguida escritora Clorinda Mato de

Turner como un testimonio de mi sincero afecto y estimación”. Se iniciaba así un vínculo que duraría hasta 1889 cuando Cabello publicó en Lima *Blanca Sol*, que disgustó a muchos, entre los que estuvieron Gorriti y Matto, que reprobaron la audacia de la novela (Denegri y Peluffo). En 1876 las posturas divergentes no las llevan a enfrentarse. Progreso, educación femenina y literatura son razones de peso que las unen.

El Recreo acogió las posturas de la época sobre la educación de las mujeres. Francisca Necochea argumentó en el Cusco a favor de una educación para las mujeres en iguales condiciones a la que recibían los hombres; aquellas tenían las mismas facultades intelectuales y podían incluso estudiar en la universidad. También era importante que recibieran cursos de higiene, natación y educación física (*ER*, 5: 36). No obstante, sus propuestas tuvieron como referencia al cristianismo que, según la autora, se inspiraba en la justicia, el amor y la bondad. Unos meses después la revista publicó “La educación de la mujer”; un texto corto sin firma cuyo autor se conformaba con una educación primaria para las mujeres, y orientada a ser mejores madres y “señora de la casa”. Advertía, nervioso, que se trataba de una evolución y no de una revolución (*ER*, 15: 145-146). Matto está ante un espectro estrecho de opciones en términos de los colaboradores locales; y en ese grupo predominaron las posturas conservadoras. Tendría que tomar lo disponible de su entorno y quizá lidiar con hostilidades y presiones locales.

No obstante, el miércoles 15 de noviembre el público cusqueño conoció las ideas de Mercedes Cabello sobre la educación femenina cuando *El Recreo* publicó su artículo firmado en Lima el mes anterior: “Perfeccionamiento de la educación y de la condición social de la mujer” (*ER*, 20: 195-196), donde reconocía que esta cuestión había sido “el poderoso móvil que me impulsó a tomar la pluma” (*ER*, 20: 195); conllevaba una revolución magnífica que era la de emanciparlas; de hacerlas iguales a los hombres. Al engrosar las carreras profesionales las mujeres se sumaban también a “las filas de los grandes obreros de la civilización” (*Ibid.*); la educación había cambiado los tiempos y se diluía el “bárbaro despotismo marital”. La mujer no es más esclava, sumisa, muda, desgraciada (*ER*, 20: 196).

La educación de las jóvenes se instalaba, en medio de fuegos cruzados, en Matto como parte de su vida. El Colegio de Educandas, tuvo un lugar especial en la revista, tanto por su impronta en su biografía emocional como en su vocación escritural. En ocasiones presentó a sus maestras como “virtuosas e ilustradas” y les expresó su gratitud “a esas infatigables obreras de la instrucción del bello sexo, el cual no solo recibe la educación intelectual, sino la sublime educación del corazón, fundamento de la virtud” (*ER*, 8: 64). Estos sentimientos explican la extensa cobertura que tuvo en *El Recreo* el fallecimiento de Antonia Pérez, la llorada rectora de Educandas. Las notas resaltaban que había educado a buenas esposas y ejemplares madres en la fe cristiana; Matto sentía que habían “perdido a la que guio

nuestros pasos por la senda del bien aconsejándonos en nuestra inexperiencia, también hemos perdido una madre, una amiga” (ER, 8: 64).

El mismo número reprodujo la oración fúnebre, cuya pluma parroquial la recordaba como aliada cuando la juventud femenina, según las autoridades clericales locales, había estado amenazada por la impiedad:

Cuando el genio del mal transformado en ángel de luz brindaba la copa emponzoñada de sus doctrinas antisociales a la incauta juventud del bello sexo en esta ciudad digna de mejor suerte; entonces la pródiga mano del Todopoderoso asentó a esa mujer en el seno de nuestros públicos establecimientos literarios a fin de que en esos corazones infantiles grabara indeleblemente los sanos principios de la verdadera sabiduría y la buena moral (ER, 21: 215-216).

El clérigo que ofició el sepelio señaló su condición de hija legítima y la fecha de su bautizo (1816). Con esta referencia advertía que la Iglesia y sus sacramentos, como en el periodo colonial, seguían siendo proveedores de estatus y reconocimiento. No podemos dejar de preguntarnos sobre los sentimientos de mujeres como Trinidad Enríquez, una ilegítima como una parte considerable de la población, al leer estas líneas, y eventualmente al escuchar los términos del sermón. Además, hombres como Ricardo Villa, entonces codirector de *El Recreo*, alabaron en la difunta su condición de mártir, su sacrificio; había sido pobre y sin influencia (ER, 21: 216). Pero el ritual funerario reunió otros sentires que la revista reprodujo.

Cerca de la tumba se despidieron públicamente las señoritas Cesárea Guevara y Andrea Valcárcel. Esta última declaró: “¡No tendremos otra madre! No habrá ya quien como tú [...] haga participar a nosotras las pobres, del alimento intelectual que parece reservado a las que pueden comprarlo” (ER, 21: 217). Antonia Pérez fue elogiada por las jóvenes mujeres por sus virtudes cristianas, fundamento de la educación y de la felicidad de la mujer (Ibid). En el siguiente número, *El Recreo* siguió publicando sobre Antonia Pérez. Esta vez escogió las palabras de la rectora del Colegio de la Concepción, Hermila Esquivias: “Gracias a este noble corazón cuántas nos hemos libertado de la miseria y de la ignorancia! Cuantas hemos compartido con las hijas de los poderosos la instrucción, ese pan espiritual que nuestro buen Jesús quería para todos, y del que sin embargo se hallan privados millones de desgraciados” (ER, 22: 225).

Vale la pena contrastar el énfasis puesto por hombres como el cura y Ricardo Villa en la abnegación y martirologio de Antonia Pérez, con la coincidencia de las referencias femeninas en la amplitud social de la fallecida directora, que hizo posible que las mujeres sin recursos accedieran a la educación y a nuevas expectativas con respecto a sí mismas. Así, lo que hubiese tenido una vida efímera, ignorada, como las

emociones y las percepciones de las mujeres, se consolidaba en el espacio público a través de la palabra escrita, trascendía, adquiriría historicidad; quedaba instituido el sentimiento de exclusión e inferioridad, y también la indirecta denuncia de las mujeres pobres con respecto a las ricas cuyas familias podían pagar su educación. Con estas voces diferentes Clorinda, que está en el Cusco y es muy probable que hiciera la selección de textos, enriquecía la escena pública con la palabra femenina.

7. Historia de las mujeres y lazos de amistad

El interés de la novel escritora por el relato histórico se manifestó en distintos formatos y contenidos. En su Mosaico inaugural informó que regresaba de Chile el profesor Zaba, inventor de un nuevo sistema de aprender historia: un gran mapa donde se encuentran representados por signos convencionales (sic) todos los sucesos históricos notables (*ER*, 1: 8). Eventos puntuales como este se combinaron con sus Tradiciones, microhistorias que atravesaron la revista. Las tradiciones le sirvieron para ofrecérselas a aquellos a quienes pretendía recrear; entre los que estuvieron desde sus parientes rituales –padrinos– hasta los universitarios del Cusco; obviamente Ricardo Palma y sus admiradas escritoras.

El Recreo puebla el imaginario cusqueño de heroínas adscritas a las gestas republicanas. Es gracias a sus lecturas de los textos de Mercedes Cabello que Clorinda identifica a descollantes libertarias, “aquellas mujeres heroicas que sacrificaron su vida en aras de la libertad”: Juana de Arco, Madame Roland, Carlota Corday; y Policarpa Salavarrieta, Andrea Campos [María Parado de Bellido], Antonia Santos, Juana Azurduy (*ER*, 10: 82). Matto se iniciaba en la investigación histórica que continuará y sofisticará años más tarde: “en los empolvados archivos que están a mi alcance, como en la tradición oral recogida con la cautela que depura lo inverosímil” (1890: 31). Se detuvo en los manuscritos que guardaban los notables de su ciudad; tuvo acceso a información sobre varias obras –impresas y manuscritas– de Espinosa Medrano gracias a sus relaciones personales y epistolares (Matto, 1890: 54). Cabe señalar que *Bocetos al lápiz* (1893) presenta en su introducción reflexiones sobre la historia y una especie de autodefinición como historiadora.

La prensa, según Matto, podía revertir el abatimiento que vivía el Cusco, y en que inexorablemente se diluía su antiguo esplendor; la palabra escrita podía recrear la conexión con este e imprimir un sentido diferente a la debacle que en esos momentos experimentaba la región. Hurgar en el pasado parecía poder mitigar la desazón ante la crisis y el resentimiento con los fundamentos de la república.

Como vimos, Matto decidió inaugurar *El Recreo* con una corta biografía de una cusqueña descollante: Francisca Zubiaga, la Mariscalá (Cusco, 1803-Valparaíso, 1835), que dedicó al “bello sexo” cusqueño y a Juana Manuela Gorriti. Aclaró que su texto sobre Francisca Zubiaga solo era un adelanto de lo que esta merecía; pero era

una labor “por ninguno emprendida”, y que quedaban “muy contadas personas que puedan referir algo” (*ER*, 1:2). Una de sus fuentes principales fue María Ana Centeno que conoció de cerca a Francisca. Esta matriarca cusqueña había nacido en 1816, es decir, era catorce años menor que ella, pero se consideraba “su querida amiga” (1890: 195). Cuando Zubiaga muere a los treinta y dos, María Ana tiene diecinueve, y nueve cuando Bolívar y Francisca Gamarra coinciden en la celebración de la independencia en el Cusco. Esta excepcional testigo es la informante de Clorinda. En setiembre de 1874 moría Centeno, año y medio antes de que se publicara *El Recreo*.

Cuatro meses después de la aparición de dicha biografía, descubrimos cómo Matto había recogido testimonios orales contemporáneos para reconstruir la vida de Francisca Zubiaga, y así lo describe desde Tinta:

en los datos recojidos con interés por nosotras había diferentes versiones sobre el particular [el rompimiento de la pareja] y aunque en la mayor parte de ellas encontrábamos la balanza de la justicia inclinada hacia la Señora, creímos prudente dejar con un velo estos asuntos de familia; [...] amiga íntima de la Señora Francisca, la respetable Señora María Ana Centeno, fue la que interesada por saber los pormenores del fin de su querida amiga se tomó el trabajo de averiguarlos con prolijidad, [...] Esta pues recibió la sucinta información que nosotras hemos transmitido en nuestros apuntes (*ER*, 9: 72).

Este solo hecho remite a una original sensibilidad de la escritora; los historiadores de su época raramente usaron la tradición oral para reconstruir el pasado; recurrían sobre todo a fuentes escritas por los de su mismo sexo. Estamos ante un personaje femenino rescatado por una mujer y que todo indica se basó en testimonios de mujeres; escuchó lo que estas tenían que decir. Así pudo saber que los padres de Francisca viajaban juntos cuando la madre, doña Antonia, “fue sorprendida por los síntomas del parto” en Huacarpay o Anchibamba del distrito de Salvador de Oropeza, a cinco leguas de la capital del departamento (*ER*, 1:1). Raramente un historiador se animaría a recoger una experiencia irrefutablemente femenina como el parir; de modo que su pluma le confería a un hecho vinculado al cuerpo y a lo vital, aunque a veces mortal, de las mujeres la categoría de hecho histórico, aunque no pudiera precisar si esto –el nacimiento de una hermosa niña– había ocurrido en 1802 o 1803.

Matto averiguó que los juegos de Francisca fueron los de un niño. En la ciudad hubo gente que recordaba “su voz un poco gruesa” (*ER*, 1: 1) y sus modales varoniles; que montaba a caballo con maestría, manejaba muy bien la pistola y era admirable en la natación; sin duda no eran cualidades propias de una joven. Además, entre sus diversiones favoritas estaba el juego de gallos donde apostaba mucho. En

esos lugares Francisca entraba en contacto con diferentes clases de hombres y quizás hasta con mujeres cuya cercanía podía manchar la ansiada honra femenina, con la que tenía tanto que ver el estatus de las familias; el honor femenino la tenía sin cuidado y sus inclinaciones distaban de las de aquellas que encarnaban y definían el ideal femenino republicano. No obstante, la historiadora en ciernes quiso registrar que la educación recibida por la futura Mariscala había sido esmerada.

El trato con las de su sexo, según las fuentes de Matto, era de las cosas que menos agradaba a su heroína. Sin embargo, las mismas sostuvieron que si “contraía amistad con alguna muger, era muy cumplida amiga” (*ER*, 1: 1). La autora revela así como la amistad entre mujeres era una relación apreciada; se creaba un tipo de solidaridad que podía llegar a funcionar ajena a los mandatos del patriarcado. Y esa solidaridad y refugio le pareció a Matto un rasgo loable de la virago.

También le interesó subrayar la incursión de Zubiaga en el espacio público. Por ejemplo, el recibimiento de los cusqueños a Simón Bolívar, donde este le ofreció a doña Francisca la corona de diamantes que la comunidad le había regalado; ella, en esa ocasión, había dado un patriótico discurso. Describió su actividad militar, sus destrezas para liderar la tropa y proteger la autoridad del mariscal Gamarra, su marido; su autonomía en la toma de decisiones; su valor y su gusto por travestirse. Sin embargo, sus atributos y gestos abiertamente varoniles no impresionaron a Matto como para desconocer sus virtudes maternas: ha perdido temprano a sus hijos pese a su “cariño y desvelo”. Matto concluía que la Mariscala fue una cumplida esposa y amante “puesto que asistió con asiduidad esmerada y acompañó a su esposo [Gamarra] en varias correrías militares haciendo como cualquier otro soldado la vida de campaña y compartiendo como el último todas las fatigas y penalidades de la vida militar” (*ER*, 1: 3). Atiende con amor a sus hombres caídos en batalla; es madre en combate.

Matto despliega formas de acercarse al pasado donde rompe el canon al mismo tiempo que resuelve las dicotomías excluyentes en su empeño por incorporar a las mujeres a una narrativa histórica que al mismo tiempo las haga lectoras. Ese motivo la hace interrogar de modo original la vida de un personaje como Francisca Zubiaga.

En aquella biografía y en su dedicatoria ocurrían varias cosas. La autora expresaba su interés por rescatar a esta virago republicana; por imprimirle vida desde su autoridad como paisana y escritora; por construir un pasado protagonizado por mujeres y así apropiárselo. Y ese hecho más que simbólico, la llevaba a sellar una amistad con alguien como Gorriti que había fundado y dirigido dos revistas para mujeres en Lima y que organizaba en esa ciudad las veladas literarias aglutinando a mujeres escritoras, pensando en la historia que se configuraba con las mujeres, ya fuesen como heroínas o como víctimas, pero de ninguna manera ignoradas. Es importante considerar que Gorriti denunció lo vano de las pretensiones de las elites

peruanas de fundar una república que pasara por alto los raptos de mujeres, los secuestros de niñas y los hombres violadores (Denegri: 98-101). Ambas escritoras interrogaban al pasado por personajes y significados; puede decirse que intentaban una narrativa que las hiciera parte de la historia, de un compartir el relato y de encontrarse en él; a sí mismas y a las otras.

En diciembre de 1876, a casi un año de publicar por primera vez sobre su heroína, Clorinda inauguraba dos veladas literarias en su desangelada ciudad. Estos eventos, sumados a la ansiedad que la revista de por sí causaba, despertaron la animadversión de los grupos conservadores ligados a la Iglesia que atacaron esas reuniones en la prensa y seguro en el cotilleo ciudadano. En enero de 1877 circularía el último número de su preciada publicación, pocos días antes de que Matto dejara el Cusco “por motivos de salud” (*ER*, 24: 235) y partiera a Lima. El final de esta publicación coincide con el primer viaje que Matto hiciera a Lima, y su encuentro en febrero de ese año con Juana Manuela Gorriti y su fructífero entorno literario. Entonces, *El Recreo* también fue la materialización de los vínculos que la llevaron a Lima en 1877 y que suscitaron su público y generoso reconocimiento en las veladas literarias. A lo largo de su dirección Matto recurrió a la narrativa histórica como fuente de sentido y de identidad para el lectorado femenino. El protagonismo de las mujeres en el proceso histórico tenía un potencial convocante que la directora no descuidó; era una forma de ser y hacerlas parte del devenir y del progreso.

Bibliografía

Anrup, R. (1994): *El taita y el toro. En torno a la configuración patriarcal del régimen hacendario cusqueño*. Estocolmo, Universidad de Gotenburgo, Instituto de Estudios Latinoamericanos.

Arango-Keeth, F. (2009): La reforma social y el discurso liberal en los editoriales de Clorinda Matto de Turner en *El Perú Ilustrado* (1889-1891), *BIRA*, 35, pp. 205-222.

Cuadros, M. (2018) [1947]: “Paisaje y obra, mujer e historia. Clorinda Matto de Turner”, en J. A. Gutiérrez Samanez, *Apologético a favor de Clorinda Matto de Turner (Compilación, ensayos y notas)*. Cusco, SINCO editores y Sociedad Pro Cultura Clorinda Matto de Turner, pp. 108-124.

Elias, N. (1998): “El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Un estudio sociológico procesual: el ejemplo del antiguo Estado romano”, en N. Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma, pp. 199-239.

Denegri, F. 2004 [1996]: *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima, Centro Flora Tristán e Instituto de Estudios Peruanos.

Denegri, F. y A. Peluffo (2020): *Su afectísima discípula, Clorinda Matto de Turner*.

Cartas a Ricardo Palma, 1883-1897. Lima, Fondo Editorial de la PUCP.

Gamarra, A. (1883): “Apuntes de viajes”, en C. Matto de Turner, *Bocetos al lápiz de americanos célebres*. Lima, Peter Bacigalupi y Cía. Editores, pp. 5-10.

Goody, J. (1998): *Food and Love. The East and the West. A Cultural History of East and West*. Londres y Nueva York, Verso.

Hintze, G. (2000): “La revista *Búcaro Americano* y la presencia de la mujer en el periodismo literario”, *Revista de Literaturas Modernas*, 30, pp. 115-131.

Lemoine, J (1893): “Prólogo”, en C. Matto de Turner, *Leyendas y recortes*. Lima, La Equitativa, pp. 9-39.

Mannarelli, M. E. (2018): “Las mujeres en la universidad (1874-1908): permisos y sexos confundidos”, en S. Carrillo y R. Cuenca, eds., *Vidas desiguales. Mujeres, relaciones de género y educación en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 17-57.

Matto de Turner, C. (1890): *Bocetos al lápiz de americanos célebres*. Lima, Peter Bacigalupi y Cía. Editores.

Matto de Turner, C. (1893): *Leyendas y recortes*. Lima, La Equitativa.

Miseres, V. (2009): “De artesana de la palabra a obrera del pensamiento: Clorinda Matto de Turner y sus reflexiones en torno a la prensa en *La Bolsa de Arequipa* (1884)”, *BIRA*, 35, pp. 171-188.

Nugent, G. (1996): *El poder delgado. Fusiones, lejanías y cercanías en el diseño cultural peruano*. Lima, Fundación Friedrich Ebert.

Ortiz Fernández, C. (2018): “El Recreo, tribuna pública de mujeres pioneras en la educación y el periodismo en el Perú del siglo XIX”, *Letras*, 89(130), pp. 100-122.

Portugal, A. M. (1999): “El periodismo militante de Clorinda Matto de Turner”, en M. Zegarra, Ed., *Mujeres y género en la Historia del Perú*. Lima, Centro de Documentación sobre la Mujer.

Ramos Núñez, C. y M. Baigorria (2017): *Trinidad María Enríquez: una abogada en los Andes*. Lima, Legis.pe.

Vargas Yábar, M. (2009): “Clorinda Matto: constructora de la nación en *El Perú Ilustrado* (1889-1891) y constructora de América en el *Búcaro Americano* (1896-1908)”, *BIRA* 35, pp. 223-242.

Fecha de recepción: 12 de abril de 2022

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2022